



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LOS REHENES

TAINA TERVONEN

TRADUCCIÓN DE IBALLA LÓPEZ HERNÁNDEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2024

TÍTULO ORIGINAL: *Les Otages*

© Éditions Marchialy, Groupe Delcourt, 2022
© de la traducción, Iballa López Hernández, 2024

© Errata naturae editores, 2024
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-67-3

DEPÓSITO LEGAL: M-5863-2024

CÓDIGO IBIC: FA

MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte

IMAGEN DE PORTADA: © Natalia Zaratiegui

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*A los archiveros de todo el mundo,
guardianes de la memoria y de los pequeños documentos,
sin los cuales jamás podría haber contado esta historia*



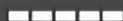
□ EL HAVRE

□
PARÍS

AIX-EN-PROVENCE

□ FRÉJUS
□

100 km





1000 km



PRÓLOGO

El califa Tierno Madani Tall me plantea la pregunta en pular. Habla con la voz sosegada de quienes están acostumbrados a predicar y a que los escuchen. Me recuerda a mi padre, que era pastor, a esa que yo llamaba su «voz de trabajo» y que a veces adoptaba para dirigirse a sus hijos cuando quería recalcar la seriedad de algún asunto.

Sentada en el borde del amplio sofá frente a él, miro al dignatario musulmán en este salón en el que suele recibir a los feligreses. Aguardo obedientemente, con la espalda recta, a que el amigo que me acompaña me traduzca su pregunta al francés. Ya me había prevenido: «En esta primera entrevista, las preguntas las hará el califa, no tú». El rumor del barrio popular de la Medina nos llega a través de la puerta, abierta al patio, donde los fieles terminan de comer reunidos alrededor de grandes cubos de arroz. Son las primeras horas de la tarde, el tráfico regresa a las atestadas calles de Dakar y unas ovejas balan en casa de un vecino. El intérprete prosigue: «¿Cómo es que, siendo blanca y descendiente de colonos, le interesa esta historia?».

La historia a la que se refiere el califa es la de su antepasado, El Hadj Oumar Tall, erudito musulmán, líder religioso y adalid, que parte del norte de Senegal en 1850 para

librar una guerra santa. Lucha contra el colono francés Faidherbe y luego contra los reinos bambara, de cultura animista, en el territorio que ocupa en la actualidad Mali. En 1864, desaparece «misteriosamente» en las cuevas de Bandiagara durante una batalla que los niños senegaleses estudian en clase de Historia. De sus conquistas nace el Imperio tuculor, un Estado musulmán que su hijo, Ahmadou Tall, dirige hasta que cae ante las tropas francesas el 6 de abril de 1890, en Segú, capital del imperio.

Ese día, los franceses entran en Segú. A la cabeza se halla el coronel Louis Archinard, oriundo de El Havre y futuro general. No encuentra a Ahmadou ni a sus hombres, que se han dado a la fuga. Para celebrar la victoria, las tropas se apoderan de un tesoro. Armas, joyas de oro y plata, quinientos dieciocho manuscritos del difunto El Hadj Oumar Tall. Con todo, lo más increíble es que el coronel francés secuestra a un niño de unos diez años, hijo del soberano. El arrojado del joven Abdoulaye, al que descubren en una choza sable en mano para proteger a su madre, según cuentan en Senegal, deja muy impresionado al havrés. El botín, sable y joyas incluidos, se manda a París. El niño los acompaña: forma parte del trofeo de guerra.

Desde ese momento, los objetos pertenecen a Francia. Al principio se exhiben en exposiciones y museos coloniales, pero luego se guardan en almacenes, donde siguen, ocultos al público. La situación es tanto más absurda cuanto que el califa y su familia llevan casi treinta años reclamando en vano la devolución de sus bienes. ¿Qué lo impide? He venido para que me cuente su versión.

Aunque por ahora es él quien hace las preguntas. La entrevista ha estado a punto de malograrse: estoy tratando con un hombre muy ocupado que tiene cosas más importantes que hacer que explicarles la historia a blancos como yo, cuyo fuerte no es precisamente saber escuchar, como bien han demostrado cuatrocientos años de convivencia colonial y poscolonial. Mis ancestros no son galos, sino leñadores y campesinos finlandeses. Y mi infancia transcurrió aquí, en las aulas senegalesas, en las calles arenosas de las pequeñas ciudades donde mis padres ejercían de misioneros protestantes. Después de los saludos y agradecimientos de rigor, le resumo al califa esos primeros quince años de mi vida.

Pero mi trayectoria no importa, soy blanca, y tanto él como yo sabemos que el color se adhiere a la piel y a la mirada. El mío me asigna un lugar en la historia, y no me queda otra que aceptarlo. Entonces, me lanzo: «La colonización es algo que los blancos y los negros hemos vivido juntos. Sólo que nadie habla de ella como de una historia común, ni aquí ni allá. Y, como todos los hechos del pasado de los que no se habla, termina creando problemas en otros ámbitos, reapareciendo donde nadie se lo espera. Ante lo cual, a veces es útil volver la vista atrás».

El califa esboza una sonrisa tras la barba blanca. Comprende el francés, pero aguarda la traducción al pular. Así se desarrollará la entrevista, en su lengua y no en la del colonizador, cuyo fantasma se cierne sobre nosotros. Imponente, con la larga túnica extendida por el sofá, Tierno Madani Tall me escucha, contesta, y mi amigo traduce: «Dice que eres interesante».

¿A QUIÉN PERTENECE LA BELLEZA?
MUSEO DEL QUAI BRANLY, PARÍS, FRANCIA

Para mí, todo comienza seis meses antes, en el Museo del Quai Branly, en París. He venido por los objetos de El Hadj Oumar Tall, pero, a falta de encontrar huellas de la historia que buscaba, he pasado la tarde en la sala África, sentada en un banco, observando a los visitantes que deambulaban entre las obras. Frente a mí, en el centro de la estancia, bien a la vista montadas en unos pedestales, hay tres estatuas a tamaño natural consideradas elementos clave de la colección. Representan a tres generaciones de soberanos del siglo XIX del reino de Dahomey, situado en el territorio de la actual Benín: el *Hombre-tiburón*, por el rey Behanzin; el *Hombre-león*, por el rey Glegle; y el *Hombre-pájaro*, por el rey Guezo. El *Hombre-tiburón* me mira con un puño en alto y el otro tendido ante sí. Es la primera vez que veo esta estatua, pero sé quién es Behanzin. En la penumbra me vienen a la mente las lecciones de historia que aprendí en la escuela primaria senegalesa, lecciones sobre la resistencia al colonizador francés, de la que Behanzin fue un héroe. Igual que El Hadj Oumar Tall, Lat Dior Ngoné Latyr y Samory Touré, nombres que aquí en Francia no le suenan a nadie, pero que todo el mundo se sabe de memoria en Senegal.

Quizá por eso me choca la cartela del *Hombre-tiburón*. Reza así: DONACIÓN: GENERAL DODDS. Alfred Amédée Dodds es precisamente el general francés contra el que luchaba Behanzin, el mismo que dirigió las tropas coloniales hacia Abomey, la capital del reino, y mandó saquear el palacio tras cruentos combates.

Sentada en el banco, me imagino a Dodds ordenando a sus hombres que saquen las estatuas del palacio que Behanzin ha incendiado para no dejar nada a los enemigos con los que lleva dos años enfrentándose. Debían de interesarle mucho, esas esculturas a tamaño natural, al igual que el trono de casi dos metros de alto y las puertas del palacio, que hubo que arrancar y transportar hasta París, donde, como acabo de comentar, los «donó» al Museo del Hombre, predecesor del Quai Branly.

Un grupo de niños de infantil acompañado por unos monitores atraviesa la sala. Todos lucen un chaleco amarillo y una tarjeta colgada del cuello en la que se lee el nombre del colegio. Me recuerdan a una bandada de gorriones con sus grititos. Son blancos, negros, asiáticos, a imagen y semejanza de París, mestiza y mixta, una imagen que me sedujo la primera vez que puse el pie en esta ciudad. Aquí mi antigua vida senegalesa podía existir, me bastaba con coger el metro y apearme en la estación Château Rouge, al norte de la capital, para hallarme en un ambiente de mercado africano. Desde entonces he descubierto que la mayoría de los franceses ignora la historia colonial que yo aprendí de memoria y de la que, sin embargo, son herederos en mayor medida que yo.